



VECINOS

“Jingle bells, jingle bells, jingle all the way...” era la canción que escuchaba por la megafonía de la calle cuando salí. Para mi desgracia el frío seguía ahí. En realidad no noté más – tampoco menos – que antes de entrar en la vieja cafetería de Romu para tomarme ese vaso de leche caliente.

Al salir dejé la maleta en el suelo y me abroché bien el abrigo. Al cogerla de nuevo miré el reloj que había sobre la acera, justo al lado de ese extraño y viejo árbol de navidad de adornos mojados y deteriorados por el frío y la lluvia.

Eran las once y diez minutos, y la temperatura que acompañaba bajaba ya de los cinco grados bajo cero. El café que acababa de tomar aún no había sido capaz de vencer al frío que recorría todo mi cuerpo.

Caminando por la acera de otra calle seguía sonando la misma canción – en realidad llevaba haciéndolo todo el día – y vi el portal al fin.

La vieja puerta de hierros oxidados y cristales limpios pesaba más de lo que aparentaba, y para poder abrirla tuve que dejar, una vez más, la maleta en el suelo y empujar con ambas manos.

Al entrar tuve que volver a empujarla para que se cerrara antes de que el frío penetrara. Por suerte el frío no era ni parecido al que se sufría en la calle.

Dejé la maleta en el suelo y deshice el nudo de la bufanda que llevaba sobre el cuello y la cara. Tenía las manos congeladas.

- ¿Subes?– me dijo una atractiva muchacha asomando su cabeza desde el ascensor, y dándome un susto de muerte

- ¿cómo...? – pregunté sobresaltado, en medio de la oscuridad - ah, sí... espera.

- ¿A qué piso vas? – preguntó la joven, soplando sobre sus guantes de lana, abriéndome amablemente la puerta del ascensor

- al quinto

- ¿al quinto? – preguntó - ¿eres familia de Doña Camila?

- sí, soy su nieto – le dije, sin levantar la mirada del suelo, como suele hacerse en los ascensores cuando los compartes con alguien a quien no conoces.

El ascensor era de maderas viejas aunque bien limpias, y el habitáculo era tan pequeño que apenas si había espacio para los dos y la maleta que transportaba.

El ascensor podría tener más de cincuenta años y su movimiento era tan lento que ella siempre bajaba a pie. En cambio subir era distinto, y más a esas horas de la noche.

Marina, que así se llamaba esa preciosa joven, no era miedosa, pero ese viejo portal siempre le causó mucho respeto.

Durante unos segundos el silencio se hizo incómodo... y eterno, y al fin pudo encontrarme ese parecido con la abuela. Según ella, teníamos la misma nariz.

- Se va a poner muy contenta – volvió a decirme, observándome con detenimiento
- ¿quién? – pregunté, levantando la mirada hacia ella
- tu abuela – dijo, mirándome a los ojos - está muy sola la pobre
- lo sé, por eso vengo a visitarla. No es bueno que esté sola
- ¿y hace mucho que no la ves?
- pues la verdad es que sí – dije sonriendo al ver que esa muchacha era incapaz de permanecer en silencio – casi cinco años
- ese es mucho tiempo ¿no?
- sí... la verdad es que sí – repetí, algo avergonzado, sin saber aún porqué
- ¿vas a pasar con ella la navidad?
- eso espero – contesté algo cansado por su interrogatorio, intentando demostrarle que no a esas horas no tenía muchas ganas de mantener una conversación
- no me encontraba muy bien allí de donde vengo. Necesitaba un cambio de aires
- ¿el trabajo? – me volvió a preguntar
- no, es que acabo de dejar a mi última novia... y la cosa no ha terminado muy bien
- te entiendo – dijo ella, sonriendo para sus adentros, sabiendo que el destino me ponía en su vida para cambiarla completamente.

El lento avanzar del ascensor hacía más incómoda la compañía para ambos. Los dos éramos tímidos, y eso en un ascensor...

- yo también he dejado a mi novio ¿sabes?
- no, no lo sé – dije muy serio, con ese tono estúpido que a veces me salía y que no podía remediar.

Ella se puso muy seria, casi sonrojada, y yo me sentí fatal por mi falta de consideración hacia alguien que solo pretendía ser amable.

Se le notó mucho que le parecí muy guapo, y bien vestido, de esos a los que su madre, o cualquier madre, habría tachado de tipo con clase.

Además, para ella yo escondía un extraño miedo en mi mirada, lo que me hacía más enternecedor.

- Mi abuela me ha hablado mucho de ti ¿sabes? – dije, rompiendo el hielo, otra vez, intentando hacerla sentir mejor y demostrarle que no era un estúpido como había parecido
- pues de ti no me ha dicho nunca nada. La verdad es que no habla mucho con los vecinos. Creo que es conmigo con la única vecina con la que habla

- sí, siempre ha sido algo huraña – dije sonriendo – mi padre era igual
- no creas. A mí siempre me ha caído muy bien, y me hace mucha gracia. Lo que pasa es que me da pena verla siempre tan sola
- tranquila, eso no pasará más
- ¿te vas a quedar aquí con ella? – preguntó sonriente, no pudiendo ocultar ese halo de emoción por tan grata noticia. Sin duda le había causado una gratísima impresión, o más aún. Yo creí que le parecía tan guapo como misterioso
- eso espero. Si lo que hay por aquí me gusta...
- esta ciudad está muy bien para vivir. Es grande, pero es tranquila – dijo algo nerviosa, intentando evitar que se demostrara que empezaba a desearme cuando si apenas me conocía
- la verdad es que me está empezando a gustar esta ciudad – dije, mirándola fijamente, intentando hacerle entender que era a ella a quien me refería.

¡Y vaya si se dio cuenta!

Su sonrojo se hizo tan visible que mezclado con la luz azulada del fluorescente del techo hizo que su tez tomara un extraño tono morado. Los dos nos quedamos en silencio, y ambos nos sentimos extrañamente bien, el uno junto al otro, a pesar de acabar de conocernos.

- ¡Qué lento es este ascensor! – dijo ella, intentando cambiar de tema, y alejar ese extraño cosquilleo que volvía a nacer en lo más profundo de su estómago

- sí que es lento – asentí yo, observando que aún andaba entre la segunda y la tercera planta, elevándose lentamente, acompañado por un extraño ruido que hacía dudar sobre el éxito de su misión.

El silencio volvió a hacerse dueño del habitáculo. La luz fluorescente situada sobre la puerta vibraba, encendiéndose y apagándose, y la luz azulada hacía todo más frío aún.

Aprovechando ese momento de incertidumbre ella me miró otra vez, comprobando que, sin ningún esfuerzo, podría ser el hombre de su vida en un futuro no muy lejano.

Yo podía notar el peso de su mirada sobre mí, y preferí dejarla hacer.

Una vez más, como siempre le había pasado, empezaba a fantasear con uno de esos amoríos inesperados y que tanto daño le hacían sentir después.

No pudo dejar de observarme, y cada vez lo hacía con más seguridad.

A mí me incomodaba su descaro, pero ella era así, una chica de grandes flechazos, aunque después terminaran en puñales clavados en la espalda.

Por la forma en que me miraba me hizo sentir más guapo de lo que ya me creía. También ella a mí me lo pareció. A pesar de las ropas que llevaba se le intuía un buen cuerpo, alta y con un aspecto tímido y juvenil.

Ella me veía como a uno de esos hombres que parecían frágiles, siempre dispuestos al entendimiento, y que huyen de la confrontación.

Incluso esa extraña timidez que me impedía mirarla como ella estaba haciendo me hacía más arrebatador aún ante sus ojos.

- Si te hace falta cualquier cosa no dudes en pasarte por mi piso

- muchas gracias – dije, asustado y nervioso, siempre mirando al suelo

- cualquier cosa... - repitió sonriendo maliciosamente, lo que me desconcertó

- gracias, de verdad – fue lo único que me atreví a decirle, aunque en realidad hubiera deseado decirle que, por ejemplo, esa noche me apetecía pasarla con ella.

- Yo también llegué aquí sin conocer a nadie, y sé lo duro que es. Además, ahora estoy sola y puedo ayudarte a conocer la ciudad. En Navidad está muy bonita

- ¿es que vives sola? – pregunté emocionado también. Sin duda, su osadía estaba llevándome a su terreno.

Lo que no sabía ella era que en ese terreno yo era más peligroso que ella... Por eso huía de él a toda costa.

- sí. Yo también dejé a mi novio hace poco, y tampoco estoy pasando por un buen momento. Ahora era ella quien miraba al suelo. Le hizo gracia ver mis botas sucias, manchadas de barro, igual que los bajos del pantalón vaquero.

- Tenía que habérmelos limpiado en el baño de la cafetería – pensé sonrojado.

Aprovechando que era ella quien miraba al suelo la miré sin miedo, observando que debajo de ese abrigo tenía que haber un cuerpo más que sugerente.

Sus piernas se dibujaban estilizadas y perfectas bajo esos leotardos marrones y esas botas con pliegues de piel de oveja.

Si no fuera por el frío que allí hacía ambos habiéramos podido percibir el olor de la excitación, ese que nace en las largas noches de invierno cuando uno sabe que va a pasar otra noche más a solas.

Yo ya no podía dejarla escapar. Esa mujer – me parecía más guapa cada momento que pasaba – había echado sus redes sobre mí sin saber que yo no era un pececito aterrorizado bajo su red como así le parecía, sino un tiburón dispuesto a jugar dentro de ella para salir solo cuando yo quisiera.

Y entonces nuestras miradas se hicieron una parte más de nosotros mismos. Pero en ese juego yo vencí porque ella empezó a asustarse de ella misma, sabedora de que esa noche no podría renunciar a alguien como yo.

Por suerte el ascensor se detuvo.

Dándonos dos sonoros besos en las mejillas Marina se dirigió a la puerta de la derecha, y yo a la de la izquierda. Mi caminar era lento. No quería llegar hasta la puerta antes que ella, esperando unas últimas palabras.

Ella sacó las llaves y abrió... y no me decía nada a pesar del temblor visible de todo su cuerpo. Yo, como mandan las leyes de caballería, esperé a que entrara. Después dejé la maleta en el suelo y golpeé con suavidad en la puerta de mi abuelita.

Lo hice con tanta delicadeza que a la pobre abuela le hubiera resultado imposible escucharlo si hubiera estado despierta.

- Hasta mañana – dijo ella, cerrando la puerta, y acercándose a la mirilla para observarme con más detenimiento.

Si casi podía verla desde el otro lado de la puerta, mirando por esa mirilla, agachándose y colocando sus manos sobre la madera de la puerta.

Yo, que imaginaba que así estaría haciendo, posé el dedo sobre el timbre repetidas veces.

Y mientras yo me dejaba observar, viajaba también por mi mundo imaginario donde yo mismo salía de mi vida para adentrarme entre esas cuatro paredes donde ella ya se había alejado de mí.

Y allí Marina no pudo evitar mirarme desde la mirilla.

Sonrojada por sorprenderse a sí misma observándome desde allí, como si fuera una colegiala, se alejó de la puerta, adentrándose en su pequeña cocina.

Abriendo la nevera cogió la botella de leche fresca, vertió el contenido en un vaso, y lo adentró en el microondas.

Mientras la leche se calentaba entró en su habitación y se puso su camisón celeste, ese que juró que rompería al día siguiente porque le traía muchos y buenos momentos que, ahora, se habían convertido en tristes recuerdos.

¿Que por qué se lo puso?... seguramente esperando que fuera yo quien se lo arrancara esa larga noche. Y si no era así, jugaría con él, ella sola, como llevaba haciendo tantas noches seguidas.

A pesar de estar bajo cero en la calle, allí hacía un calor casi estival.

Bebiendo el vaso de leche pensó en lo mucho que yo le había gustado. No le hubiera importado nada disfrutar de una buena noche junto a mí. Su cuerpo ya lo necesitaba... su alma, aún más.

Incluso algunas de sus amigas le habían dicho que tenía que buscar otro hombre, reemplazar su angustia por placer, y disfrutar de algo que nunca antes había sido capaz de hacer... pero

el sexo sin amor, ese al que llamaban el “aquí te pillo y aquí te mato”, nunca había sido algo posible para ella.

Con esa idea Marina salió de su casa tres horas antes para acercarse a la Plaza Mayor y disfrutar del ambiente navideño.

Aunque estaba sola se resistía a permanecer en casa recordando a ese cabrón que tanto daño le había hecho, abandonándola por su antigua compañera de piso.

Secando sus últimas lágrimas se levantó de ese sofá que ya estaba tomando su forma, se acercó a su dormitorio y se vistió.

Sin pensarlo salió de casa. Fue en el ascensor donde dudó. Aun así salió, caminó y se perdió por esa maravillosa ciudad que volvía a brillar solo para ella.

En la calle, abrigada hasta el límite, había paseado bajo esas anaranjadas luces de neón, perdiéndose en esos sonidos navideños entre miles de personas con gesto feliz, y deseando un año nuevo de verdad... un año que fuera capaz de borrar todo el daño provocado por el que ya se marchaba.

Sin duda podría ser la protagonista de cualquier novela o película – que era como se sentía – pero no era ese el papel que le hubiera gustado desempeñar.

En la Plaza Mayor compró turrón, y café... y hasta un ridículo sombrero navideño con cuernos de arce. Aún no sabía porqué lo hizo, pero de lo que sí que estaba segura era de que nunca se lo pondría.

Al volver a casa estaba tan triste como desilusionada. Nada le hubiera importado morir esa misma noche...

Ponerse guapa, acostarse y no despertar por la mañana. ¿La echaría alguien de menos?.

El no tener respuesta le puso más triste aún.

Pero la vida siempre tiene una sorpresa guardada, y a ella se le presentó en ese mismo ascensor donde siempre subía.

Y volví otra vez en mí, alejándome de esa vida que creía conocer como si fuera mía. Y ya estaba frente a su puerta porque la abuela no me abría.

El sonido de la puerta la alertó. Emocionada, corrió hacia ella y observó por la mirilla.

¡Es él! – se dijo emocionada al verme de nuevo frente a su puerta. Fue tal la emoción al verme al otro lado de la puerta que pude escucharla con claridad.

- Perdona que te moleste – le dije nervioso, sin poder dejar de mirar ese cuerpo que se intuía a través de la fina tela del camisón.

Un golpe de calor sacudió mi cuerpo. Uno de frío sacudió el suyo, erizando toda su piel.

El frío del descansillo hizo que sus pechos se mostraran con violencia, a punto de rasgar la tela que los sometía

- la tata no oye la puerta

- Seguro que habrá tomado sus pastillas para dormir – dijo ella, nerviosa – y te aseguro que no te va a escuchar. Cuando las toma duerme como un lirón

- ya... ¿conoces una pensión por aquí cerca?

- no sé... - dijo pensando, mientras mis ojos ya devoraban esos pezones que querían rasgar la tela del camisón que los sometía

- si quieres te puedes quedar aquí esta noche – dijo, sonrojándose al sentirse tan excitada como desinhibida, y notar que la estaba devorando con mis ojos

- no creo que sea buena idea – dije, convencido de lo que decía – además, si apenas me conoces

- eres el nieto de Doña Camila – sonrió – para mí eso es más que suficiente

- no, en serio – dije yo, sonriendo también como ese niño que intenta renunciar a un caramelo que alguien le está ofreciendo – será mejor que me vaya. Me gusta hacer las cosas bien... y quedándome aquí contigo no sería así ¿me entiendes?

- no va a pasar nada, hombre. Tengo una habitación vacía. Además, ya es muy tarde y no me perdonaría que te pasara algo en la calle

- mira – le dije muy serio – créeme. Lo mejor para ambos será que me vaya a una pensión

- que no hombre – me dijo, arrebatándome la maleta y adentrándola hasta la habitación mientras yo cerraba la puerta, echando el cerrojo.

El piso era pequeño, caluroso y muy oscuro. El fuerte olor a incienso lo hacía más acogedor aún. A la entrada tenía un pequeño pasillo de no más de tres metros cuadrados. A la derecha del pasillo había una pequeñísima cocina. A la izquierda un baño y enfrente un salón por donde ella caminaba cargando con mi maleta.

La luz de la lámpara me mostró su elegante cuerpo, vestido con ese minúsculo camisón.

En el salón había un sofá pegado a la pared y una mesa baja, repleta de revistas de moda. Al otro lado, bajo la ventana, había una mesa y cuatro sillas.

En la pared de la derecha había dos puertas. Las dos estaban abiertas y pude ver las camas.

Ella metió mi maleta en la habitación pequeña, sin duda donde tendría que pasar la noche.

Después nos sentamos en el cómodo sofá y me sirvió un vaso de leche.

Hacía calor, y me quité el jersey de lana, quedándome tan solo con una camiseta de manga corta, apretada a mi pecho.

Ella me miraba, sin poder ocultar su rubor, y cada vez lo hacía de forma más descarada.

Poco a poco, entre ambos, empezó el juego del coqueteo.

Ella jugaba con su cuerpo, aunque creyera no saber hacerlo. Sus largas piernas empezaron a hacer su juego, y yo no podía dejar de mirarlas.

El sugerente camisón también dibujaba unos senos turgentes, y la pasión apareció por fin.

Hablando de mil y una anécdotas llegamos al momento más terrible para ella.

Fue cuando empezó a relatarme el suceso de su “ex” y su antigua compañera de piso cuando se vino abajo y rompió a llorar.

No hacía ni dos semanas que los había descubierto haciendo el amor en el salón.

La imagen fue dantesca, sobrecogedora, y en ese momento una ola gigante derrumbó el castillo de arena que era entonces su vida.

Ni siquiera se sonrojaron al verla allí, frente a ellos, y si se detuvieron en su ímpetu amoroso fue por pudor físico, no por vergüenza o miedo.

Tampoco intentaron defenderse, o justificarse.

Los muy cerdos estaban enamorados, y ya habían decidido marcharse juntos. Un terrible catarro de Marina hizo que ese día regresara a casa antes de lo previsto, y que todo sucediera más aprisa. Sólo eso.

Ellos, varias semanas después, estaban felices. Ella estaba sola, y aún enamorada y dolida.

Acercándome a ella tímidamente la abracé con delicadeza. Eso la hizo sentir mejor.

Yo también me sentí más tranquilo y tuve la sensación de estar con alguien a quien conociera de toda la vida.

Ella, rápidamente, se olvidó de su “ex”. Yo también olvidé a mi última futura esposa, que era como me gustaba llamarlas. Allí estaba ante la próxima.

Nuestras miradas furtivas, casi escondidas, y asustadas, eran ahora diferentes.

Ya no las ocultábamos porque creímos conocernos, y empezamos a mirarnos directamente, sin miedo, sabedores de que no cometeríamos ningún pecado por dejarnos llevar por nuestros instintos animales... Al menos ella no.

Poco a poco nuestras palabras fueron sonando más familiares, nuestros alientos más amenos, e incluso eran nuestros ojos los que hablaban por nosotros.

Allí estaba el terreno abonado, y supimos que los bueyes no tardarían en arar la tierra donde queríamos enterrar las semillas de nuestras propias esencias.

Después llegaría el agua, y regaría, y la planta crecería o se perdería... de eso nadie sabía nada. Tampoco importaba mucho.

Ella dejó de disimular para mirar mis brazos velludos y fuertes. Después los acarició con una sensualidad que casi me derrumbó. Yo también me alejé del disimulo para clavar mis

ojos en esas piernas preciosas que me empezaban a asustar y que ansiaba recorrer una y mil veces.

Esa mujer sería capaz de enamorarme si se lo proponía – pensé – y me sentí mucho mejor conmigo mismo y con el mundo.

Los dos lo deseábamos – a cual más - y ambos supimos que era imposible luchar contra lo que allí, irremediabilmente, iba a ocurrir.

- ¿Sabes? Mi abuela tenía razón – le dije, acariciando al fin su corta cabellera

- ¿en qué? – dijo ella ronroneando, perdiendo su cuello entre mi mano extendida para que mis dedos divagaran por su superficie

- en que su vecina era muy guapa – dije, sonrojándola, y sonrojándome yo también por el atrevimiento. Una vez más, el silencio volvió a hacerse incómodo, pero ya no había miedo... los dos sabíamos que era irremediable que pasara.

- No me puedo creer que vaya a hacer esto – me dijo levantándose, dejando sus preciosos muslos desnudos frente a mi cara

- ¿el qué? – pregunté absorto en ellos, presenciando pequeños lunares por toda su piel.

Fue entonces ella – aunque no terminara de creerlo – quien me cogió de la mano e hizo que le siguiera hasta su pequeña habitación.

La cama estaba rodeada de muñecos de peluche de todos los colores, formas y tamaños. La puerta de un pequeño armario empotrado estaba cubierta de fotos suyas y de un tipo sonriente. Muchas de ellas habían sido arrancadas violentamente.

Sobre una estantería de madera descansaban un centenar de libros, muñecas perfectamente vestidas, y una multitud de cremas y frascos de colonia.

Al lado de la cama una mesita de madera con una lámpara. Bajo la lámpara uno de los libros del Hombre de los Veintiún Dedos que me llamó la atención porque yo también lo había leído no hacía mucho tiempo, y un despertador que marcaba una hora tardía.

A ambos lados de la cama tenía dos láminas enmarcadas en cristal. Una era de una niña con un perrito. La otra era una foto gigante de Mañas, el escritor. La foto era en blanco y negro, como negro era su jersey y blanco su pelo, y me miraba fijamente.

La habitación olía bien, como ella, y me hizo sentir como en casa.

¡Quién me iba a decir a mí, unas horas antes, que iba a terminar durmiendo acompañado esa noche!

Detrás de ella – no podía dejar de mirarla - clavaba mi mirada en esa espalda desnuda que no pude más que acariciar con mi otra mano mientras mi deseo se hacía mayor.

Su piel estaba caliente, y parecía de seda. Muchos lunares bañaban el mar de su espalda que parecía tan blanca como la nieve.

Al sentir mi mano sobre su espalda, ella sufrió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Fue tan visible y sonoro que hasta me emocionó, y ella se volvió, me miró, y me dijo que me deseaba.

- Yo también – le dije, recibiendo el néctar que escapaba de su boca, mientras me imaginaba despertando a su lado los siguientes días de mi vida.

El beso resultó tranquilizador y apacible. Para ella, que creía ser otra persona, fue más bello aún debido al miedo y al rubor que aún sentía por estar allí, en su casa, con un completo desconocido.

El estar haciéndolo le hizo todo más salvaje y pasional, y se dejó llevar, olvidando los miedos y los reproches, que seguramente aparecerían al día siguiente... O no.

Sus labios parecían sellados aún, y mi órgano muscular empezó a pasear tranquila y libremente por la profundidad de su jugosa y ardiente boca.

Mientras, nuestros cuerpos permanecieron erguidos a la espera de las manos del otro.

Yo, que aún no me lo creía, abrí los ojos, observando los de ella, que aún permanecían cerrados y temblorosos.

Deteniendo mi beso la abracé sutilmente mientras los brazos de ella aún permanecían suspendidos en el aire.

Y ella abrió los ojos y se sintió mágica. Me miró muy seria. Tanto que me asustó.

- ¿Sabes que podría quererte por el resto de mi vida? – me dijo muy seria

- ¿sabes que yo también? – le dije, volviendo a besarla – es más, creo que ya empiezo a quererte.

De nuevo - cómo lo había echado de menos - Marina volvió a sentirse mujer. Cada beso y cada caricia fueron como un nuevo bálsamo de frescura que entraba a través de cada poro de su piel.

Era como si la vida volviera a ella después de haber pasado tanto tiempo muerta.

Yo, en cambio, me empecé a sentir confuso, y tal estado me impedía disfrutar plenamente del acontecimiento.

Una vez más temí a la idea del amor... y, una vez más, no sabía el porqué.

Su boca parecía un fragante trago de vino de reserva, y su saliva tan fresca como el agua de una fuente en verano. Su tallado y fino cuello resbalaba a mis suaves caricias, y sus turgentes y apetitosos senos me hicieron creer estar lo más cerca posible del mismo cielo.

Dejándonos llevar por descontrolados sentidos los dos disfrutamos como si supiéramos que, posiblemente, no tendríamos otra oportunidad.

Con sensualidad aunque también con alguna violencia la despojé de las ropas que para nada necesitaba.

Las tiras del fino camisón recorrieron sus hombros, como si fueran dos gotas de agua, y bajaron hasta su vientre, dejando sus senos ante mí, como si fueran míos para siempre.

No tardé en hacerlo caer hasta sus tobillos. Después, bebiendo de sus redondeadas copas de vino, la despojé de esa braga negra, y se me mostró pletórica como el tronco de un frondoso árbol.

Al verse desnuda su cordura terminó por alejarse entre esa ropa interior que yacía sobre el suelo.

Y volvimos a besarnos, pero ahora mis manos recorrían su espalda, y el final de esta, y ella se apretaba a mí, como si supiera que estaba pensando en alejarme de allí y abandonarla.

Juro que lo pensé... por ella, por mí... pero sólo un segundo.

- Quiero que me hagas el amor – dijo ella, acercándose a la cama, abriendo las mantas y metiéndose en su interior tan desnuda como mi alma.

Yo, aún vestido, la miraba asustado. Aún tenía dudas, y volví a desear escapar de allí antes de que fuera demasiado tarde, y el amor volviera a jugármela una vez más.

No quería sufrir más por amor, como tampoco quería que nadie sufriera por mi culpa... Y en esto del amor mis anteriores relaciones habían sido todas como una partida de ajedrez. Todas acababan en jaque mate.

- ¿Qué te pasa? – preguntó al ver que mis besos se detenían y que mis caricias ya no eran tales, ocultando su desnudez tras las mantas - ¿no me deseas?

- ¿cómo puedes decir eso? – le dije, creyendo estar de nuevo bajo el hechizo de Cupido

- no sé... te veo raro. Tu cara ha cambiado... De pronto pareces otra persona

¿otra persona? – pensé sonriendo - ¿acaso me conoces como para parecer otra persona?

- no sé qué me pasa – le dije - estoy algo cansado... y asustado

- ¿de qué tienes miedo? No te voy a hacer ningún daño

- ¿cómo lo sabes? Ya me han hecho mucho daño

- yo no te lo haré. Te lo prometo. Ven aquí conmigo, amor mío.

Dudé. Dudé mucho.

- ¿Dónde está el baño? – pregunté finalmente – me gustaría refrescarme un poquito. Llevo todo el día viajando y quiero que disfrutes de mi piel limpia

- el baño está ahí detrás, pero no tardes mucho... por favor

- tranquila, no tardaré

- te vas a ir, ¿verdad? – me preguntó casi al borde del llanto

- ¿por qué dices eso? – pregunté, ya con la maleta en una mano y la camiseta en la otra

- porque veo en tu cara que no te gusto. Tranquilo, no tienes que reprocharte nada. No eres el primero al que no le gusto ¿sabes?

- me gustas tanto que me estás dando miedo – le dije muy serio, convencido de cada una de las palabras que había dicho

- pues no tengas miedo. No me tengas ningún miedo – me dijo, mientras salía con la maleta y me encerré en el baño – yo no te voy a hacer daño.

Estaba tan excitado como la última vez, pero rápidamente comprendí que esa noche todo podía ser diferente, y ser realmente el comienzo de algo especial y definitivo.

No hacía ni veinticuatro horas que había abandonado a mi última futura esposa, y otra vez me creía capaz de amar y de ser amado.

Esa mujer era diferente a las demás y casi me convencí de que ella sí que podía ser mi nueva compañera de viaje en eso de la vida.

Mirándome en el espejo observé mis enrojecidos ojos. En ellos había pasión, había miedo, pero también una extraña sensación de bienestar.

Era curioso pero esa mujer que había en esa cama no parecía una recién conocida. Más bien parecía una mujer que siempre hubiera estado en mi vida y que, por fin, iba a hacer mía para siempre.

¿Me estaría enamorando de ella? – pensé mientras mi mente se alejaba de allí, presa del cansancio, viajando hasta esos campos y caminos por los que estuve andando toda una noche y todo un día.

Ahora empezaba a comprender ciertas cosas que creía olvidadas y que se proyectaban a través del espejo. Todo estaba en mis ojos, y sólo allí podía verlo todo con claridad.

Mi mente estaba en blanco, pero empezaron a aparecer extrañas figuras, y, sobre todo, funestas secuencias de una película que creía no haber vivido.

Sabía que huía, pero – una vez más – no recordaba de qué. Mirándome en el espejo comencé a recordar.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Era ya de noche cuando llegué a otra nueva y desconocida ciudad. Las calles estaban repletas de gentes, de vehículos, y de todo tipo de adornos navideños y de felices músicas.

Mezclado entre la multitud paseé, ocultándome del frío, intentando recordar qué hacía allí, y cómo había llegado hasta allí.

Fue al salir de una vieja cafetería cuando vi esa pesada puerta cerrándose. La puerta tardó en cerrarse, hacía mucho frío, y ya era muy tarde.

Era nuevo allí, y yo entré para ocultarme del frío.

- ¿Subes?– me dijo una atractiva muchacha mientras empujaba la pesada puerta de hierros y cristal del portal

- ¿cómo...? – pregunté yo

- ¿a qué piso vas? – preguntó Marina, abriéndole la puerta del ascensor

- al quinto

- ¿al quinto? – preguntó extrañada

- sí, voy a ver a un familiar

- ¿eres familia de Doña Camila? – preguntó, intentando reconocer un gesto parecido al de su vecina en mí

- sí, soy su nieto – inventé, sin levantar la mirada del suelo, como suele hacerse en los ascensores.

Yo había entrado en ese portal solo para pasar la noche. Juro que fue así. Tan solo quería dormir alejado del frío de la calle. Ahora iba a dormir acompañado de una hermosa joven.

Y entonces, mirándome de nuevo en el espejo, noté cómo me iba alejando de mí mismo, y ante mí aparecía otro hombre diferente, alguien a quien ya conocía – sin saber de qué – y que me aterraba.

A su lado apareció la extraña figura de una mujer sin rostro, pero a la que pude reconocer de inmediato también, haciéndome asustar.

Y ese hombre apareció, y se hizo con el control, sonriéndose siempre ante el espejo mientras yo observaba ese rostro, que era mío, pero que dibujaba gestos extraños y macabros.

Y en los ojos de ese extraño hombre vi un tren... oscuro y silencioso.

Recordé a una bella joven en el vagón... atractiva y sugerente.

Recordé un cortejo, un juego sensual... y mucha excitación.

Recordé una invitación, la puerta abierta del baño del pasillo, y entrar y encontrarla desnuda

Recordé hacer el amor con ella en el baño... fue salvaje y pasional.

Recordé también – horrorizado – cómo ese hombre, que tenía mi cara, la mató con su cuchillo, descuartizándola.

Y recordé cómo desperté a su lado, rodeado de sangre y de vísceras por todo el baño.

Finalmente, recuperando mi silueta al otro lado del espejo, recordé cómo salté del tren, cómo me hice mucho daño, y cómo caminé, medio cojo, por campos y caminos embarrados durante todo un largo día, hasta llegar allí.

Al volver a mirarme en el espejo vi que ese extraño y macabro ser no estaba solo. Junto a él estaba otra vez esa extraña mujer que siempre le acompañaba, esa maldita compañera de viaje que nunca dejaría que nadie más se entrometiera entre ellos dos.

No tardó en reconocerla... la soledad era ya una parte importante de su vida.

Después cogí el cuchillo de la maleta, lo oculté tras su espalda, y entré en la habitación donde Marina me esperaba aún deseosa y excitada.

Ella me esperaba emocionada y enamorada, oculta entre unas mantas ya calientes.

Yo me acerqué a ella y empecé a hablar solo... diciendo cosas sin sentido que escapaban de mi propio entendimiento.

Ella se asustó...

Hizo bien...

En realidad fue lo único que hizo bien esa noche.

TRILOGÍA: EL ÚLTIMO DE LOS ROMÁNTICOS

PRIMERA PARTE: LA PEOR COMPAÑÍA

SEGUNDA PARTE: VECINOS

TERCERA PARTE: EL ÚLTIMO ROMÁNTICO (YA MISMO)